

En septiembre de este año falleció Fernand Braudel, uno de los grandes historiadores que desde los años 20 protagonizaron lo que Josep Fontana ... en su libro Historia. Análisis del pasado y proyecto social definió como "la reconstrucción de la ciencia histórica". No fue Braudel un historiador más; si su obra de investigación (La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II; Civilisation matérielle, économie et capitalisme, XV-XVIII siècle, ...) justifica por sí misma su importancia en la historiografía contemporánea, su papel de director de los Annales entre 1956 y 1968 y de patriarca de esa escuela hasta su muerte le da una dimensión especial.

Presionada por el desarrollo de otras ciencias sociales (especialmente la geografía, la economía y la sociología), obligada a reaccionar contra quienes cuestionaban su carácter científico y estimulada por la revolución teórica que había significado la obra de Marx y Engels, la historia tuvo que realizar un gran esfuerzo de renovación para recobrar su identidad. Discípulo de Marc Bloch y Lucien Febvre -fundadores en 1929 de los Annales- Braudel intentó construir una teoría de la historia distante tanto de la historia "événementielle", como de las corrientes marxistas. Fue, por esta razón, el padre de la renovación de la historia "académica" contemporánea (utilizo el término académica aun siendo consciente de su ambigüedad; gran parte de la historiografía marxista es también académica, y no sólo porque se elabore en las academias).

El intento de Braudel fue importante en tanto que sirvió para generalizar la preocupación por la historia social (o más bien la convicción de que la historia es necesariamente social) y la aceptación del carácter global de la realidad histórica, que no permite su división en compartimentos estancos. También porque convenció a los historiadores, incluso a los más conservadores, del carácter interdisciplinar de su investigación, de la necesidad de utilizar los avances de las matemáticas, la demografía, la geología o la antropología, por poner algunos ejemplos, para analizar rigurosamente el pasado.

También es cierto que se le puede reprochar que no haya sido capaz de elaborar un verdadero sistema teórico, que la ambigüedad con que "resuelve" los principales problemas teóricos que se plantean a los historiadores está en la base de esa inarticulación que caracteriza la producción de la "nueva historia" académica, cuya pretensión de "totalidad" se traduce muchas veces en una superposición de análisis parciales, en la que los aspectos "sociales" o "económicos" se yuxtaponen a los políticos o ideológicos sin que exista entre ellos una relación aparente. Con lo que se cae incluso en la realización de una nueva historia "événementielle", en la cual los "hechos" siguen siendo lo fundamental, aunque sean tipos más variados de hechos los que recoja esta moderna erudición, diferenciándose así de la "vieja" historia que privilegiaba los acontecimientos políticos.

Pero, por esta razón, para quienes admiramos su obra y no dejamos de reconocer la importancia de su escuela, la muerte de Braudel no debe significar una sacralización de su forma de estudiar

el pasado, sino un estímulo para reflexionar sobre ella y, conociendo sus limitaciones, trabajar para armar teóricamente a una ciencia que aun está en construcción. Para ello sigue siendo imprescindible que los historiadores se convenzan de que su misión no es sólo establecer "científicamente" lo que sucedió en el pasado, sino, sobre todo, por qué sucedió, y qué implicaciones tiene este pasado para el presente y ¿por qué no? para el futuro de la humanidad.

Francisco Carantofia Alvarez

Universidad de León